

NO HAY QUE TEMER AL DOLOR

—“No temas al dolor” era una de las lecciones que más asiduamente nos daba mi padre — decía un día misia Amelia a sus nietecitos. — Y al precepto, siempre ofreciéndose la ocasión, agregaba el ejemplo.

Tanta era la autoridad moral que había adquirido sobre mí — proseguía la anciana, — que jamás se presentó el caso en que yo no lo obedeciera en todo, aunque me hubiese pedido que saltase de una ventana. Recuerdo el primer diente que me hice sacar; desde Belgrano hasta el centro de la ciudad, me sentía morir de dolor, pero exteriormente me esforzaba por parecer indiferente. Se presentó después una ocasión más grave para poner a prueba mi firmeza de niña, y también la de mi padre, como se verá por lo que voy a relatar:

El había alquilado una quintita en Olivos, a más de media hora de tren de la capital.

Hallándonos en aquella casa-quinta, era costumbre de mi padre dar un largo paseo, en mi compañía o la de mis hermanitos, paseo que estaba regulado por una especie de legislación. Severamente se nos prohibía preguntar: *¿Hasta dónde vamos? ¿Cuánto falta todavía para llegar a casa? ¿Qué hora es? Y decir: Tengo sed, tengo hambre, estoy cansado.* Y por lo demás, nos daba libertad, plena libertad en los actos y en las palabras.

Pero aconteció que un día, al regresar de una de nuestras jiras y llevando yo en una mano un gran ramo de flores cortadas en los cercos de las quintas y en la otra un bastón, tropecé con una piedra y me caí, con tan mala suerte, que me disloqué un brazo. Corrió mi padre y me levantó del suelo; luego comenzó a darme masajes en la parte dolorida. Yo que lo miraba fijamente, a pesar del atroz dolor que experimentaba, lo vi empalidecer primero y luego reflejarse en su semblante una ex-

presión tan viva de ternura, que me sentí hondamente conmovida. Me acomodó lo mejor que pudo el brazo, y después emprendimos el camino que conducía a nuestra casa. Transcurridos algunos minutos de silencio, me dijo: — Oye, Amelita, tu madre está algo enferma. Al ver que te has hecho daño, podría agravarse. Es necesario, hija mía, que te hagas fuerte. Mañana te llevaré a Buenos Aires para consultar a un médico, pero es preciso por esta noche que no des señales de tu mal. ¿Has comprendido?

Todo esto me lo dijo con su habitual firmeza, pero con el mayor afecto. En resumen: yo me quedé toda la noche quietita, sin exhalar una queja, aunque sufría mucho, arrinconada y teniéndome el brazo para evitar todo movimiento. Mi madre de nada se apercebíó, y mi retraimiento creyó que lo originaba el largo paseo de aquel día que, según declaró mi padre, me había cansado mucho.

Al día siguiente me condujo a Buenos Aires, donde me arreglaron el brazo.

Alguno dirá que mi padre se portó mal en aquella ocasión. Yo en cambio recuerdo el hecho como si fuese ahora, y recuerdo también que no encontré censurable la conducta de mi padre. Había sido tan feliz con la indecible ternura, que vi asomar a su rostro, y, por otra parte, lo hallaba tan razonable, que mi madre enferma no supiese lo sucedido.

Y todo aquello no fué inútil — añadió misia Amelia sonriendo complacida, — porque me hizo fuerte para soportar los grandes golpes que el infortunio ha descargado sobre mí, sin descontar los dolores físicos que he tenido que sobrellevar. Y hoy que soy vieja y conozco el mundo, bendigo la severidad y firmeza de mi padre y quisiera que todas las niñas y niños me imitasen.